

Una crisis de empatía

Jeremy Rifkin apela a una conciencia global que permita una tercera revolución industrial

'LA CIVILIZACIÓN EMPÁTICA', Jeremy Rifkin. Traducción de Genís Sánchez y Vanesa Casanova. Paidós. Barcelona, 2010. 704 páginas

Precio: 26,50 €

JUSTO BARRANCO

LA VANGUARDIA - DINERO - 21.03.10

El 24 de diciembre de 1914, en medio de la sangrienta guerra de trincheras en la que se había embarcado Europa, miles de soldados alemanes e ingleses salieron de las trincheras de Flandes y celebraron juntos la Navidad. Con esta anécdota, que acabará elevada a categoría, arranca Jeremy Rifkin (Denver, 1943) su nuevo libro, La civilización empática. Un ensayo que parece un meteorito en la trayectoria de este economista, asesor de gobiernos y autor de obras de discusión internacional como El fin del trabajo o La era del acceso, pero en el que al final acaba integrando casi todas sus predicciones e intereses anteriores, como el futuro uso del hidrógeno como fuente de energía inagotable (La economía del hidrógeno) o las bondades del modelo social europeo frente al más consumista estadounidense (El sueño europeo). Lo cual no obsta para que siga sorprendiendo la reflexión en la que se embarca Rifkin a lo largo de buena parte de las 600 páginas del volumen: una historia de la empatía humana y sus relaciones con la economía. Su objetivo es desautorizar el presupuesto básico sobre el que pivotan tantas teorías económicas, que señalan que el comportamiento humano se rige por el materialismo más absoluto, sin considerar a los demás, aún así beneficiados porque el interés propio es positivo también para la sociedad. Unas ideas que cree tocadas por los últimos descubrimientos

de la neurobiología, como las neuronas- espejo, que hacen que si alguien nos ve sufrir empatice con nosotros porque sus neuronas simulan automáticamente nuestra angustia. "Estamos cableados para sentir empatía", avisa: un cambio radical en la percepción de la naturaleza humana. Y la empatía no es sólo un tópico a consumir, advierte, sobre todo después de que Obama haya explicado que su filosofía política se basa en ella. Es algo más profundo, teleológico y casi teológico. Algo que explicaría por qué hemos desarrollado una sociedad de complejidad indescifrable a partir de pacíficas sociedades de recolectores. No porque, como creía Freud, desde que somos bebés necesitamos apropiarnos y destruir objetos para satisfacer nuestra libido, sino porque somos por naturaleza afectuosos y "tratamos continuamente de ampliar las relaciones y conexiones con los demás porque deseamos ir más allá de nosotros, formando parte de comunidades de significado más amplias", lo que sólo logramos en sociedades de complejidad creciente, desgrana Rifkin. La cuestión es que esas civilizaciones se han podido hacer más complejas consumiendo más energía para comprimir el tiempo y el espacio. De modo que el camino hacia una conciencia empática planetaria supone hoy el riesgo de un colapso mundial por el gasto energético. De hecho, cree que ya hemos llegado a la globalización del cenit, ocurrida cuando el dólar alcanzó 147 dólares por barril: más allá de este punto, dice, la inflación crea un cortafuegos que impide el crecimiento económico continuado y empuja la economía global al crecimiento cero. Sólo una tercera revolución industrial puede sacarnos del atolladero, expone. En ella, las tecnologías de la información convergen con las energías renovables: millones de personas podrán producir energía en hogares y oficinas y compartirla gracias a redes inteligentes. Los edificios serán plantas energéticas y, como las renovables son intermitentes, lo recogido se almacenará en forma de

hidrógeno. Esa democratización de la energía, producida en cualquier lugar y por cualquiera, será un cambio geopolítico enorme y el inicio de una era en la que los modos de organización jerárquicos se erosionarán. Aparecerá una economía global más distributiva y participativa, en la que la propiedad, entendida como la exclusión del otro, tendrá menos sentido: tener, los bienes, dejarán paso a los servicios. Alquilar un coche en vez de comprarlo. Se buscará la calidad de vida, la vida de calidad. Claro que, dice, podría ser que el cambio climático y la inestabilidad que generará no nos dejen llegar a la conciencia/ empatía global suficiente para llevar a cabo ese camino. ¿Empatiza usted con Rifkin?